

Educación, nombre común femenino

Presentación
Valencia 29 de mayo de 2007
Nieves Blanco

Me siento muy agradecida por estar aquí, y también privilegiada por poder compartir mis pensamientos y mis experiencias con quienes, desde la confianza, os acercáis a este libro.

Querría deciros lo que para mí ha significado participar en esta obra coral, en esta obra de relaciones. Y esas relaciones, habiendo nacido y estando ligadas a mujeres concretas, singulares, pienso que han generado algo que va más allá de nosotras mismas, de cada una y de todas.

Llevo en la universidad 20 años (los cumpliré en la próxima Navidad) y, desde el principio, sabía que tenía que escribir como parte de mi tarea: empezando por la tesis. Y luego se suponía, y así ha ido siendo, que había que "publicar". Mentiría si dijera que me he sentido presionada para publicar a toda costa o que haya escrito textos que no me importaban: por el contrario, siempre me lo he tomado muy en serio, he trabajado mucho aquello que he publicado y nunca he escrito nada que no pensara que era verdad, es decir, que para mí tuviera sentido y valor.

Pero ha sido hace poco cuando escribir ha adquirido otro significado, y se ha convertido en algo distinto a publicar (aunque escribir sea, siempre, para hacerse público). Mi acercamiento al pensamiento y a la práctica de la diferencia sexual me ha hecho consciente, de un modo distinto a como lo era antes, de cosas como: la importancia de la fidelidad a mí misma, que es algo distinto a la coherencia; la necesidad de nombrar, de poner en palabras, las experiencias que tengo y siento como verdaderas, las realidades en las que encuentro el sentido de la educación; la responsabilidad de hacer mi parte, lo que está en mi mano, para hacer posible, para hacer existir aquello que creo que es necesario hacer...

Y creo que la escritura se ha convertido en una forma, para mí importante y casi imprescindible, de pensar. Pensar, como dice Anna María Piussi, como ejercicio vital, manteniendo abierto el contenido del pensamiento, pero sin perder la raíz, sin perderse. Un ejercicio que es sutil, delicado y –con frecuencia– doloroso, de no perder la raíz (aquello que te liga a la realidad, a lo que vives como verdadero) para dejar que el pensamiento se "pierda", explore, busque por territorios que antes no has recorrido y que sabes que debes recorrer sola –aunque

puedas buscar la compañía de otras y de otros. La escritura es una forma, no la única desde luego, de hacer realidad el deseo que guiaba a María Zambrano y también a Hannah Arendt: "pensar por mí misma", pensar de nuevo. Yo también aspiro a acercarme a ello; y quiero pensar que no es por vanidad sino por responsabilidad.

Ambas filósofas insistieron mucho en la idea del nacimiento, de la natalidad, de la importancia de lo nuevo y de los nuevos. Pienso que esa idea es de un enorme valor para pensar y actuar en la educación. Pero también para la vida de cada una y de cada uno. Porque la idea de natalidad nos recuerda que llegamos a un mundo que ya existe, traídos por nuestra madre. Ese ser traídos al mundo es un don, un regalo, pero genera una deuda. Ciertamente es una deuda, como tal impagable, y que para mí significa aceptar la responsabilidad de contribuir, de dejar algo, de restituir algo de lo que te ha sido dado; restituir creando algo nuevo, algo que es tuyo y que regalas al mundo.

Espero que no sea soberbia sino algo cercano al amor al mundo, lo que me hace pensar que –para mí– una de las formas de restituir es la escritura, que así puede convertirse en un modo de acoger ese regalo de la vida y vivirla en sentido humano. Porque, dice María Zambrano, "la continuidad de las cosas humanas se logra por transmisión. Sólo se vive verdaderamente cuando se transmite algo. Vivir humanamente es transmitir, ofrecer, raíz de la trascendencia y su cumplimiento al par" (2004, p.106).

"Educación, nombre común femenino" forma parte de la apuesta política, del deseo de hacer mundo, de algunas mujeres vinculadas a la enseñanza. Es un ejercicio de libertad femenina, que significa decir lo que es desde la experiencia de cada una, atreviéndose a romper límites, a salir del camino establecido, atreviéndose a correr el riesgo de equivocarse, de no encontrar el camino, de ser rechazada en el viaje o a la llegada... Desde el año 2000, junto con otras, damos vida a Sofías, relaciones de autoridad en la educación. Se trata de una invención, de una creación, que sostiene y es sostenida por las relaciones que tenemos algunas mujeres que deseamos hacer educación en femenino, es decir, dando forma y nombre a nuestra experiencia libre – no sujeta a dictados o reglas preestablecidas, pero tampoco contra ellas– como mujeres. Sofías nació del deseo de Milagros Montoya, sostenida por Ana Mañeru y Tania Rodríguez Manglano, y por Anna María Piussi. Desde entonces, nos reunimos una vez al año para hablar de educación, para pensar desde nuestra experiencia, para acrecentar nuestro compromiso, para compartir nuestras inquietudes. Y, en los últimos años, buscamos e inventamos también otras formas de estar en relación, como "La escuela de lo que está pasando".

El libro que hoy estamos presentando es parte de esa apuesta política de hacer educación en femenino, de atreverse a pensar, a dar nombre a intuiciones, a preguntas, a inquietudes. Y hacerlo en relación; en relación de autoridad con otra mujer. O con otras, pero siempre de dos en dos. Como se relata en la introducción, el germen procede de Anna Maria Piussi quien, en noviembre de 2001, en Sevilla, en el II Encuentro de Sofías, manifestó a algunas de quienes allí estuvimos su deseo de emprender la tarea y aceptar el reto de pensar la educación en primera persona. Su propuesta fue que cada una partiera de una palabra que, para ella, representaba la palanca, el eje de sentido de la educación, para pensar la educación toda. "Educación, nombre común femenino" es el resultado de aquel deseo, que fue acogido por las que al final hemos escrito, y que vió la luz en noviembre de 2007.

La vida es tiempo y transcurre en el tiempo. Que el lapso entre la primera idea y la publicación sea tan dilatado, seis años, no es casual. Es una evidencia de la complejidad de la tarea que aceptamos, y también de la dificultad de las relaciones. En Sofías estoy viviendo la potencia de las relaciones de autoridad, pero también de lo extraordinariamente difíciles que resultan. La relación tiene un enorme potencial pero también una gran dificultad, a veces dolorosa. Porque está apoyada en el deseo, en la confianza, en el juego delicado de dar y de dejarse dar. Y nada de ello puede hacerse a medias, ni forzarse, ni crearse a voluntad.

Yo me sentí agradecida y atemorizada ante la propuesta de Anna María. Agradecida porque para mí, Anna es -y era- un referente de autoridad, confiaba en ella y me ampliaba horizontes de pensamiento y de sentido; con ella siempre he sabido que lo que decía, lo que me decía, era fundamental para mi comprensión de la realidad, incluso cuando no entendía nada en términos cognoscitivos o intelectuales. Yo lo sabía, más allá del entendimiento intelectual; quizá lo sabía por persuasión, no por convencimiento, como dice María Zambrano que deben asimilarse las verdades de la vida. Pero también tuve miedo, porque en ese momento sentía una enorme inseguridad: sabía que muchas de las cosas que había pensado hasta ahora ya no me servían, pero no tenía con qué sustituirlas. El milagro de las relaciones de autoridad es que te dan confianza, y esa confianza de la otra -en este caso de Anna María Piussi- fue para mí la palanca que me movió a atreverme a correr el riesgo de pensar de nuevo la educación desde donde creía que debía hacerlo, sin que estuviera definido, sin que supiera dónde llegar.

Siempre he encontrado en la cultura, en el conocimiento con que trabajamos en la escuela el lugar desde el que la educación adquiriría sentido para mí. A eso lo he llamado en otros momentos el curriculum,

los contenidos escolares, el conocimiento. Pero cuando Anna nos hizo su propuesta yo no tuve ninguna duda: mi palabra era SABER.

Así que mi primer objeto de investigación fue clarificar porqué ya no me servía curriculum, o contenidos escolares, o conocimiento y era saber el nombre que para mí tenía sentido.

Escribir ese texto ha sido un proceso largo, doloroso y luminoso. Largo porque tardé casi dos años en poder comenzar a escribir algo, y otro más en hacer un borrador que sabía que no decía lo que tenía que decir. Para llegar al texto definitivo, el que respondía a la verdad de lo que yo podía hablar sobre la escuela, para pensar y actuar, aún tuve que tomarme algunos meses más. Así que más de 3 años.

Y fue un proceso doloroso, de mucho desgarró, entre el temor a perder las seguridades que antes tenía y la incertidumbre de no encontrar un punto de apoyo y de llegada, de perderme en el camino pero sabiendo que no podía volver al punto de inicio, que ya había abandonado definitivamente. En ese recorrido tenía que desprenderme de lo que, en otro momento, fueron certezas para mí pero que ya no lo eran. Aceptar esa pérdida me resultó muy difícil y me resistí. Yo me había formado en el pensamiento abstracto, en las teorías curriculares que son estructuralistas, que miran el sistema escolar como una entidad despersonalizada, que consideran las relaciones de poder como la clave de interpretación y de sentido de la escuela. Ya hacía tiempo que esas teorías e interpretaciones no me daban respuesta a preguntas que para mí eran importantes, que me dejaban impotente para actuar, que no me eran útiles para entender el sentido del trabajo de algunas maestras y de algunos maestros a quienes valoraba. Pero me dolía renunciar a ellas y sentía que tenía una deuda con esas teorías, con esos autores: me sentía mal porque ahora ya no me servían. Y al mismo tiempo sabía que eran un lastre, que no podía avanzar con el peso que para mí ya suponían.

Fue Ana Mañeru quien me lo hizo ver, y quien me ayudó a hacer el tránsito; más tarde entendí que no los "traicionaba" por no nombrarlos, porque ahora no tuvieran un lugar. Habían hecho su tarea en mí, me ayudaron a caminar, me acompañaron.

Fue doloroso también por motivos menos altruistas. Tenía miedo a perder el "prestigio" que pensaba que tenía entre mis colegas (sobre todo masculinos), a poner el riesgo el reconocimiento de algunos de ellos que me importaban mucho. Pero cuando, con muchísima emoción, le dí a leer el borrador al que de estos colegas más me importaba, comprendí que no podía ayudarme, que no se daba cuenta de lo que de falso había en ese borrador, que estaba en otro lugar del que yo ya me había ido. Los vínculos intelectuales son muy

poderosos, por fuertes y por posibilitadores; aceptar su pérdida, reconocer que fue pero que ya no es, supuso para mí un enorme dolor pero también una gran liberación, derivada de aceptar la realidad, lo que es de verdad, más allá de tu voluntad y de tu necesidad.

Decía que ese proceso de escritura ha sido largo, doloroso y luminoso. Escribir "Saber para vivir", mi contribución a este libro, me ha abierto a la luz de otro modo de ir entendiendo la educación, de encontrar un lugar de sentido para pensar lo que de importante tiene para mí:

+ La experiencia como lugar de referencia de las vivencias y del pensamiento, como lugar de unidad en que el cuerpo y la mente no se disocian, en el que están presentes el corazón y la cabeza; una experiencia que nos une, que nos liga a lo vivo, y que tiene la capacidad de dar vida a lo que está escrito, a lo dicho, a lo pensado...

+ El conocimiento encarnado, vinculado siempre a una mujer o a un hombre, con capacidad para conectar con la experiencia singular, y así generar posibilidades de aparición de lo nuevo que cada una y cada uno puede traer al mundo. El conocimiento como vínculo, como relación entre experiencias distintas, dispares, que nunca pierde su raíz, porque está ligado a alguien, y que no se pierde (que no pierde su sentido) en tanto una mujer o un hombre entra en relación con él para, como dice María Zambrano, alimentar su vida.

+ La potencia de las relaciones; la relación con nuestras alumnas y nuestros alumnos, con cada una y cada uno, que es lo que permite el acceso al saber, la creación de saber vivo en ellas y en ellos; y la relación con el conocimiento que enseñamos, una relación fundamental, difícil y delicada, en la que nos jugamos mucho porque "no enseñamos una materia sino nuestra relación con ella". Es tan importante y tan delicada que, en realidad, "nos enseñamos a nosotros mismos".

+ El sentido de la transmisión cultural, a partir de la idea de natalidad, de una enorme potencia educativa, aún por explorar para mí. Y en esa transmisión, el papel crucial de la maestra, del maestro. He recuperado, con María Zambrano, la idea de vocación y ello me ha dado unas claves de comprensión de la enseñanza que me permiten vislumbrar la posibilidad de pensar con ojos nuevos la pedagogía y la didáctica. Una maestra, un maestro, capaces de la generosidad de ser mediación viviente para sus alumnas y sus alumnos, y que hace posible el vínculo que puede conectar a cada chica, a cada chico, con la cultura para que pueda reconocerse en el mundo. Y hacerlo por amor: amor a la relación, amor al conocimiento, amor al mundo.

Es mucho lo que he aprendido a propósito de la escritura de este texto, enriqueciendo mi mirada sobre la educación y mi relación con ella. Y lo que me parece ahora muy importante: he aprendido a plantearme preguntas y a vivir como fructífero y deseable dejar que las preguntas se abran, sostenerlas, sin prisa por encontrar una respuesta. Quizá es un modo de acercarse a la pasividad de que habla Ana Mañeru en su texto, para que en ella crezca algo nuevo.

Aún no podría decir que tengo esa experiencia, pero sí que ya no me asusta la incertidumbre, que no tener respuestas no sólo no me inquieta sino que puedo disfrutarlo como parte del proceso de pensar, de la aventura de ir encontrando, o creando miradas nuevas que me hacen desear proseguir, investigar, buscar modos de estar atenta a la realidad que cambia, aceptar como un regalo –que no siempre es bienvenido y que a veces incomoda o confunde- esa posibilidad de sorpresa que encierra.

Y ese recorrido lo estoy haciendo con algunas mujeres, cuya relación es para mí preciosa; relaciones que me han sostenido en los últimos años, y a las estoy agradecida porque, cada una en su singularidad, son un regalo de libertad. Esa experiencia sí que la tengo y puedo nombrarla: ahora sé que la libertad no se acaba ni hay que disputársela a nadie; ahora sé –porque lo he vivido y lo vivo- que la libertad de otra mujer amplía la mía, de modo que no sólo no se agota sino que se multiplica.

Desearía que este libro, y la experiencia de relaciones de autoridad femenina que está en su origen y su desarrollo, pudieran servir para acrecentar esa libertad en las mujeres y en los hombres que se acerquen a él.

Porque, como lo revelan unos bellísimos versos de Emily Dickinson, un libro puede ser un “legado de alas”:

Comió y bebió las Palabras preciosas –
Su Espíritu creció fuerte –
Nunca más supo que era pobre,
Ni que su estructura era Polvo –
Danzó durante los Días opacos
Y este Legado de Alas
No era mas que un Libro – Qué Libertad
Procura un liberado Espíritu –

(Emily Dickinson, poema 1587, traducido por Ana Mañeru)